

LA CAÍDA DE LA CASA DE USHER

Su corazón es un laúd colgado; apenas lo tocan, resuena.

DE BÉRANGER

Durante un día entero de otoño, oscuro, sombrío y silencioso en que las nubes pesaban opresoras y bajas en los cielos, había atravesado solo y a caballo una extensión particularmente lúgubre del país, y finalmente, cuando las sombras de la noche se acercaban, me encontré a la vista de la melancólica Casa de Usher. No sé cómo aconteció, pero, a la primera mirada que arrojé sobre el edificio, penetré en mi espíritu un sentimiento de insufrible tristeza. Digo insufrible, ya que aquel sentimiento no estaba mitigado por aquella emoción semiagradable por ser poética con que el ánimo recibe en general hasta la severidad de las naturales imágenes de la desolación y del terror. Contemplaba yo la escena desplegada ante mi vista: la simple casa, el sencillo paisaje propio de la posesión, los muros helados, las ventanas que semejabán ojos vacíos, unos cuantos juncos alineados y algunos troncos blancos y enfermizos; contemplaba todo eso sintiendo una completa depresión en mi alma que no podría compararse apropiadamente, entre las sensaciones terrenas, sino con aquel ensueño posterior del fumador de opio, con aquella amarga vuelta a la vida diaria, a la horrible y lenta caída del velo. Era una sensación glacial, un decaimiento, una náusea en el corazón, una irremediable tristeza de pensamiento que ningún estímulo de la imaginación podía reavivar ni impulsar a lo sublime. ¿Qué era — me detuve para pensarlo — qué era lo

que me desalentaba así al contemplar la Casa de Usher? Misterio de todo punto insoluble; luchar no podía contra las tétricas visiones que se amontonaban sobre mí en tanto que reflexionaba sobre ello. Víme forzado a recurrir a la conclusión no satisfactoria de que sin lugar a duda existen combinaciones de objetos naturales muy sencillas que poseen el poder de afectarnos de esta manera, aunque el análisis de tal poder esté basado en consideraciones que nos harían perder el pie. Pensé que era posible que una simple diferencia en la colocación de los detalles de la decoración, de los pormenores de un cuadro, fuese suficiente para modificar o quizás para aniquilar esa capacidad de impresión dolorosa. Actuando conforme a esta idea, guí mi caballo hacia la orilla escarpada de un negro y lúgubre estanque que se extendía con tranquilo brillo ante la casa, mirando con fijeza hacia abajo — pero con un sobresalto aún más aterrador que antes — las imágenes recompuestas e invertidas de los grisáceos juncos, de los troncos de árboles siniestros y de las ventanas parecidas a ojos sin inteligencia.

No obstante, en aquella mansión de melancolía me proponía residir unas semanas. Su propietario, Roderick Usher, había sido uno de mis juveniles camaradas de infancia; pero habían transcurrido muchos años desde nuestra última entrevista. Con todo, había yo recibido recientemente, en una alejada parte de la co-

EDGAR ALLAN POE

marca, una carta de él, con tal tono de vehemente apremio, que no admitía otra respuesta que mi presente aceptación nerviosa. Su autor me hablaba de una dolencia física aguda, de una afección mental que lo oprimía, y de un ardiente deseo de verme, ya que era su mejor amigo, y en realidad, el único, pues pensaba hallar en el gozo de mi compañía algún alivio para su mal. No me permitió vacilación el modo como me decía estas cosas y muchas más, en aquella manera de abrirme su pecho. Por tanto, obedecí de inmediato lo que yo consideraba, no obstante, como una invitación de lo más extraño.

Aun cuando de niños hubiéramos sido amigos íntimos, en realidad sabía yo muy poco de mi amigo. Una reserva excesiva había entrado siempre dentro de sus costumbres. Sabía, sin embargo, que pertenecía a una familia antiquísima que desde tiempos inmemoriales se había distinguido por una especial sensibilidad de temperamento, desplegada, al través de siglos, en numerosas obras de elevado arte, y que se había manifestado desde antiguo en actos repetidos de una generosa y discreta caridad, así como en un amor apasionado por las dificultades, más que quizás que por las bellezas oratorias, siempre tan fácilmente reconocibles, de la ciencia musical. También llegó a mi conocimiento un hecho muy notable de que, del linaje de la estirpe de los Usher, ningún gloriosamente antiguo que nunca había brotado, en época moderna, ninguna rama duradera; en otras palabras, que la familia entera solo se había perpetuado en línea directa, con algunas excepciones insignificantes y pasajeras. Esta deficiencia — pensé, en tanto revisaba mentalmente la perfecta concordancia de aquellos asertos con el carácter proverbial de la raza, y mientras me daba en la probable influencia de cualquiera de ellas podría haber

ejercido sobre la otra en una larga serie de siglos — esta deficiencia quizás de rama colateral y de la consiguiente transmisión directa de padre a hijo, del patrimonio del nombre, era lo que a la larga había identificado tan bien a los dos, reuniendo el título originario de la posesión con la arcaica y equívoca denominación de "Casa de Usher", la cual denominación era empleada por los lugareños, y que parecía juntar en su espíritu la familia y la mansión solariega.

Ya dije que el único efecto de mi experiencia un tanto pueril — quiero decir, haber mirado el estanque — fue tornar más profunda aquella primera y tan singular impresión. No puedo dudar que la conciencia de mi acrecentada superstición — ¿por qué no definirla así? — haya servido para acelerar aquel crecimiento. Yo sabía desde hacía mucho que tal es la ley paradójica de todos los sentimientos que tienen por base el terror. Y aquella fue quizás la sola razón que hizo que brotase en mi mente — cuando mis ojos se alzaron hacia la casa misma desde la imagen del estanque — una visión extraña, una idea tan ridícula, a la verdad, que, si la menciono, es para demostrar la vívida fuerza de las sensaciones que me oprimían. Mi imaginación había trabajado tanto, que llegué a creer en realidad que flotaba una atmósfera particular en torno de la casa y la posesión enteras, así como en los lugares más cercanos, atmósfera que no guardaba ninguna afinidad con el aire del cielo, sino que se desprendía de los enfermizos árboles, de los muros grises y del silencioso estanque, y un vapor pestilente y místico, apenas visible, opaco, pesado, de un tono plomizo.

Sacudí de mi espíritu lo que no podía ser sino un sueño, y examiné con más atención el aspecto real del edificio. Su rasgo distintivo principal parecía ser el de una excesiva antigüedad. Era grande la decolora-

ción producida por los siglos. Menudos hongos recubrían toda la fachada, y la tapizaban, a partir del techo, como una fina tela curiosamente bordada. Pero ciertamente todo aquello no implicaba ningún deterioro fuera de lo común. Ninguna parte de mampostería se había desprendido, y parecía existir una contradicción extraña entre la consistencia general intacta de todas sus partes y el estado particular de las piedras desmenuzadas, lo que me recordaba mucho la especiosa integridad de esas antiguas maderas labradas que se han podrido durante largos años en alguna olvidada cueva, sin contacto con el soplo del aire exterior. Abstracción hecha de este indicio de ruina extensiva, el edificio no presentaba ningún síntoma de mestabilidad. Acaso la mirada de un observador escrupuloso hubiera descubierto una grieta apenas visible, que, extendiéndose desde el tejado de la fachada, bajaba en zigzag por el muro e iba a perderse en las téntricas aguas del estanque.

En tanto que observaba estas cosas, seguí a caballo un corto terraplén hasta la casa. Un lacayo que esperaba cogió mi caballo, y yo entré por el arco gótico del vestíbulo. Un criado de furtivo andar me condujo en silencio, desde allí, al través de muchos corredores intrincados y oscuros, hacia el estudio de su amo. Muchas de las cosas que encontré en el camino contribuyeron, ignoro por qué, a exaltar aquellas vagas sensaciones de que ya hablé antes. Los objetos que me rodeaban —las molduras de los techos, los tapices sombríos de las paredes, la negrura de ébano de los pisos y los fantasmagóricos trofeos de armas que tintineaban a mi paso—, eran cosas muy conocidas de mí, a las cuales estaba acostumbrado desde mi infancia; y aunque no dudaba en reconocerlas como familiares, me sorprendió lo insólitas que eran las fantasías que aquellas imágenes ordinarias despertaban en mí. En una de las

escaleras me topé con el médico de la familia. Pensé que su semblante mostraba una expresión que era una mezcla de baja astucia y de perplejidad. Me saludó con azoramiento y pasó. El criado abrió entonces una puerta y me introdujo a presencia de su señor.

La habitación en que me encontraba era muy amplia y alta; las ventanas largas estrechas y ojivales se abrían a tanta distancia del negro piso de roble, que eran inalcanzables en absoluto desde dentro. Unos débiles rayos de roja luz se abrían paso al través de los cristales enrejados y permitían diferenciar suficientemente los principales objetos que se hallaban en torno; empero, la mirada se fatigaba en vano por alcanzar los rincones más lejanos de la estancia, o los entrantes del techo abovedado y con artesones. Oscuros tapices colgaban de las paredes. El mobiliario general era excesivo, incómodo, antiguo y deslucido. Muchos libros e instrumentos musicales se veían esparcidos en torno, pero no lograban comunicarle ninguna vitalidad a la escena. Sentía yo que respiraba una atmósfera penosa. Y todo aquello estaba penetrado por un aire de severa, profunda e irremediable melancolía.

Cuando entré, Usher se levantó de un sofá sobre el cual se hallaba tendido por completo y me saludó con una calurosa viveza que mucho se asemejaba (fue mi primer pensamiento) a una exagerada cordialidad, al obligado esfuerzo de un hombre de mundo *ennuyé*. Con todo, una ojeada lanzada a su rostro me convenció de su perfecta sinceridad. Nos sentamos, y durante unos instantes, en tanto que él callaba, lo observé con un sentimiento, mitad de compasión y mitad de espanto.

Ciertamente jamás hombre alguno había cambiado de una manera tan tremenda, en tan breve tiempo, como Roderick Usher! A duras penas pude yo mismo llegar a persuadirme de que eran los mismos el hombre

que estaba frente a mí, y el compañero de mis primeros años. Con todo el carácter de su fisonomía siempre había sido notable. Un cutis cadavérico; ojos grandes, líquidos y luminosos sobre toda comparación; labios finos, muy pálidos, pero de una curva sobremanera bella; nariz de un delicado tipo hebreo, pero de anchura desacomodada en semejante forma; barbilla moldeada con finura y cuya falta de prominencia indicaba falta de carácter; cabello que parecía tela de araña por su suave tenuidad; todos estos rasgos, unidos a un desarrollo frontal excesivo, constituían en conjunto una fisonomía que no era fácil olvidar. Y al presente, la simple exageración del tono predominante de aquellas facciones y la expresión que mostraban, me hacían ver un cambio tal, que dudaba yo de la persona con quien estaba hablando. La espectral palidez de la piel y el brillo ahora milagroso de los ojos, me sobrecogían por sobre todas las cosas y hasta me aterraban. Además, había dejado crecer su sedoso cabello descuidadamente, y como aquella textura de telaraña flotaba más que caía en torno de la cara, no podía yo, ni esforzándome, relacionar aquella expresión arabesca con ninguna idea de simple humanidad.

En principio me chocó cierta incoherencia, cierta contradicción en las maneras de mi amigo, mas pronto me puse en claro que aquello se debía a una serie de pequeños y fútiles esfuerzos por vencer un azoramiento habitual y una excesiva agitación nerviosa. Estaba yo preparado para todo de este género, no sólo por su historia, sino también por ciertos rasgos que recordaba yo de su infancia por conclusiones deducidas de su conformación física y de su temperamento. Sus actos eran alternativamente vivos e indolentes. Su voz cambiaba rápidamente de una decisión trémula (cuando el espíritu vital parecía enteramente ausente) a esa especie de concisión enér-

gica, a esa enunciación abrupta, pesada, lenta —una enunciación hueca—, a esa habla gutural, plúmbea, tersamente modulada y equilibrada que puede observarse en el borracho perdido o en el incorregible fumador de opio, durante los períodos de su más intensa excitación.

Fue así como me habló del objeto de mi visita, de su ardiente deseo de verme y de la alegría que esperaba de mí. Durante largo tiempo habló de lo que pensaba acerca del carácter de su enfermedad. Era, dijo, un mal constitucional, de familia, para el cual desesperaba de encontrar remedio; una simple afección nerviosa, añadió luego, que, a no dudar, desaparecería pronto. Dicho mal se ponía de manifiesto en una multitud de sensaciones extranaturales. Algunas de ellas, en tanto me las describía, me interesaron y me confundieron, aunque quizás el tono y los gestos de su relato influyeron bastante en ello. Sufría vivamente de una agudeza mórbida de los sentidos; tan sólo toleraba los alimentos más insípidos; sólo podía usar prendas de determinado tejido; los aromas de todas las flores le producían sofocaciones; la luz, incluso débil, atormentaba sus ojos; sólo unos cuantos sonidos peculiares de instrumentos de cuerda no le inspiraban horror.

Vi que era esclavo forzoso de una especie de terror anómalo. —Moriré —dijo—; *es preciso* que muera de esta deplorable locura. Así, así y no de otra manera moriré. Temo los acontecimientos futuros, no por sí mismos, sino por sus consecuencias. Me estremezco al pensar en cualquier cosa, al pensar en cualquier trivial incidente, que puedan actuar sobre esta insoportable agitación de mi alma. No le tengo verdaderamente horror al peligro, excepto en su efecto positivo: el terror. En este estado de excitación, en este estado deplorable, presiento que tarde o temprano llegará el momento en que me abandonarán a la

vez la vida y la razón, en alguna lucha con el horroroso fantasma, con el miedo.

Supe también a intervalos, y por confidencias interrumpidas y ambiguas, otra particularidad de su situación moral. Se sentía encadenado por ciertas supersticiones ligadas a la mansión que habitaba, de la que no se había atrevido a salir nunca desde hacía muchos años, y relativas a una influencia cuya supuesta fuerza describía con palabras demasiado sombrías para repetir las aquí, una influencia que algunas particularidades en la forma misma y en la naturaleza de la mansión habían impreso en su espíritu —a fuerza de soportarlas durante largo tiempo, decía—, un efecto que lo físico de los muros grises, de las torrecillas y del estanco negrozco donde se reflejaba toda la construcción, había a la larga creado sobre lo moral de su existencia.

Admitía no obstante, aunque con vacilaciones, que mucha parte de la peculiar melancolía que lo afligía, podía atribuirse a un origen más natural y mucho más palpable: a la enfermedad cruel y ya antigua, a la muerte, en fin, evidentemente cercana, de una hermana tiernamente amada, su sola compañera desde hacía largos años, su última y sola pariente en la tierra. "Su fallecimiento —dijo él con una amargura que no olvidaré nunca— me dejará a mí, el desesperanzado, el débil, como el último de la antigua raza de los Usher."

En tanto que hablaba, lady Madeline —así se llamaba ella— pasó por un lugar apartado de la habitación y desapareció sin fijarse en mi presencia. Le miré con enorme asombro, en el que se mezclaba cierto terror; pero no pareció imposible darme cuenta de mis propios sentimientos. Me oprimía una sensación de estupor mientras mis ojos seguían sus pasos que se alejaban. Cuando al cabo se cerró una puerta tras ella, mi mirada buscó

instintiva y curiosamente el rostro de su hermano; pero él se había cubierto el rostro con las manos, y no pude ver sino una palidez más que ordinaria que se había extendido sobre sus descarnados dedos al través de los cuales se filtraba una lluvia de apasionadas lágrimas.

Durante largo tiempo la enfermedad de lady Madeline había desconcertado la ciencia de los médicos. El singular diagnóstico se componía de una apatía constante, un agotamiento gradual de su persona, y frecuentes, aunque pasajeros, ataques de carácter casi cataléptico. Hasta esos momentos había soportado con firmeza la pesadumbre de su enfermedad y no se había resignado aún a ponerse en cama; pero, al caer la tarde de mi llegada a casa cedió —como su hermano me lo contó en la noche con una agitación inexpressable— al poder aplastante del mal, y supe que la ojeada que le había dado sería probablemente la última, que ya nunca más vería a aquella dama, viva al menos.

Durante unos cuantos días que siguieron, ni Usher ni yo pronunciamos su nombre, y durante este período hice cuanto esfuerzo me fue posible para aligerar la melancolía de mi amigo. Pintamos y leímos juntos, o bien, como en un sueño, escuchaba yo sus extrañas improvisaciones en su elocuente guitarra. Y de este modo, a medida que una intimidad más y más estrecha me abría más familiarmente las profundidades de su alma, reconocía yo más amargamente la vanidad de todos mis esfuerzos por reanimar su espíritu, cuya negrura, como una propiedad que le fuese inherente, derramaba una irradiación incesante de tinieblas sobre todos los objetos del universo físico y moral.

Guardaré siempre el recuerdo de muchas horas solemnes que pasé solo con el dueño de la Casa de Usher. Pero trataría en vano de definir el carácter exacto de los estudios o de las ocupaciones en que

me complicaba o cuyo camino me mostraba. Un idealismo ardiente, excesivo y mórbido proyectaba su luz sulfurosa sobre todas las cosas. Sus largas y fúnebres improvisaciones resonaban eternamente en mis oídos. Entre otras cosas, recuerdo dolorosamente una cierta paráfrasis rara, una perversión del aire, ya muy extraño, del último vals de Von Weber. En cuanto a las pinturas que elaboraba su laboriosa fantasía, y que llegaban, pincelada a pincelada a una vaguedad que me daba escalofríos, escalofríos tanto más penetrantes cuanto que temblaba yo sin saber por qué; en cuanto a aquellas pinturas, tan vivas para mí que aún persiste su imagen ante mis ojos, trataría yo en vano de extraer de ellas la más mínima parte que pudiera estar contenida en el ámbito de las simples palabras escritas. Por la absoluta simplicidad, por la desnudez de sus dibujos, inmovilizaba y sobrecogía la atención. Si en alguna ocasión algún mortal pintó una idea, ese mortal fue Roderick Usher. A lo menos para mí —en las circunstancias que me rodeaban— se elevaba, de las puras abstracciones que el hipocondríaco se ingeniaba para arrojar sobre la tela, un terror intenso, irresistible, cuya sombra no sentí nunca al contemplar los sueños, refulgentes sin duda, aunque demasiado concretos, de Fuseli. Podría ser esbozada, aunque apenas, con palabras, una de las concepciones fantasmagóricas de mi amigo, en que el espíritu de abstracción no participaba con tanta rigidez. Era un cuadro que representaba el interior de una cueva o de un subterráneo inmensamente largo, rectangular, con muros bajos, pulidos, blancos, sin ningún ornato, sin ninguna interrupción. Algunos detalles accesorios de la composición servían para hacer comprender que esta galería se encontraba a una profundidad excesiva bajo la superficie de la tierra. No se veía ninguna salida a lo largo de su vasta extensión, ni

se divisaba ninguna antorcha o alguna fuente artificial de luz; sin embargo, rodaba de parte a parte una oleada de rayos intensos, bañándolo todo de un esplendor fantástico e incomprensible.

Acabo de hablar de ese estado morboso del nervio auditivo que hacía intolerable toda música para el desdichado, con la excepción de ciertos efectos de los instrumentos de cuerda. Eran quizás los estrechos límites a que se había confinado él mismo al tocar la guitarra, los que en gran parte habían dado aquel carácter fantástico a sus interpretaciones. Pero, en cuanto a la fogosa facilidad de sus improvisaciones, no era posible explicarla de la misma manera. Debían ser, y lo eran, en efecto, en las notas lo mismo que en las palabras de sus fogosas fantasías (pues las acompañaba a menudo con improvisaciones verbales rimadas), resultado de ese intenso recogimiento y de aquella concentración de fuerzas mentales que no se manifestaban, como ya lo dije, sino en los casos particulares de la más alta excitación artificial. Me acuerdo con facilidad de las palabras de una de aquellas rapsodias. Acaso me impresionó más fuertemente cuando él me la mostró, porque, en el sentido interior y místico de la obra, descubrí por primera vez que Usher tenía plena conciencia de su estado, es decir, que sentía que su sublime razón se tambaleaba en su trono. Aquellos versos, titulados "El Palacio Encantado", eran poco más o menos, si no al pie de la letra, los siguientes:

1

En el más verde de nuestros valles
habitado por benéficos ángeles,
un bello y majestuoso palacio, antaño,
—un radiante palacio—, se levantaba
Era en los dominios del monarca Pen-
[samiento
donde él se levantaba.